



NUMERO 1 / MAYO 1967 / PRECIO: \$ 25.-

---

# cuadernos de **MARCHA**

# **RODO**

por

**ROBERTO IBAÑEZ  
LEOPOLDO ZEA  
ARTURO ARDAO  
CARLOS REAL DE AZUA  
y  
EUGENIO PETIT MUÑOZ**

---



# SUMARIO

ROBERTO IBÁÑEZ

El ciclo de Proteo Página 7

JOSE ENRIQUE RODO

Otros Motivos de Proteo  
(Restauración de Roberto Ibáñez) Página 53

LEOPOLDO ZEA

Rodó y nuestra América Página 59

ARTURO ARDAS

La idea de tiempo en Rodó Página 63

CARLOS REAL DE AZUA

El problema de la valoración de Rodó Página 71

EUGENIO PETIT MUÑOZ

El maestro de la juventud de América Página 81

# LA IDEA DE TIEMPO EN RODÓ

...lo mismo en lo que es aplicable a la conciencia de la humanidad que en lo que se refiere a la del individuo: no hay término final en el descubrimiento de lo verdadero, no hay revelación una, cerrada y absoluta; sino cadena de revelaciones, revelación por boca del Tiempo, dilatación constante y progresiva del alma, según sus merocimientos y sus bríos, en el seno de la infinita verdad, Motivos de Proteo, CXXVIII.

A inmediata dedicación de José Gaos al estudio sistemático, a la vez que crítico, del pensamiento hispanoamericano, tan pronto se radicó en México en 1939, al término de la guerra civil española, fue de verdaderas consecuencias para ese pensamiento. Lo fue en un doble sentido: en el de su historia, de cuya investigación en todo el continente se iba a convertir el maestro español en uno de los grandes animadores; y en el de su valoración, por el nuevo enfoque que vino a hacer de sus tendencias, figuras y obras mayores. De esa coventura parte lo que cabe considerar una revisión del significado filosófico de Rodó y sus *Motivos de Proteo*. Se refleja ya en algunos pasajes de la caracterización de conjunto que del pensamiento hispanoamericano hizo Gaos en 1942-43, en diversas entregas de *Cuadernos Americanos*, trabajo que pasó a encabezar su voluminoso *Pensamiento de lengua española*, de 1945. De este mismo año es su *Antología del pensamiento de lengua española en la edad contemporánea*, en cuya Introducción juzga al citado libro de Rodó, "una de las obras maestras del pensamiento de lengua española en todos los lugares y tiempos". Del pensamiento, prescindencia hecha ahí del aspecto literario.

Años después, en 1958, en su libro *Confes-*

*siones profesionales*, al cotejar ocasionalmente cuatro grandes de la tradición filosófica universal —Aristóteles, Spinoza, Kant y Hegel— representado cada uno por uno de sus títulos más clásicos, con cuatro pensadores hispánicos, también representados cada uno por una de sus obras, formó este último cuarteto con Rodó, Unamuno, Ortega y Caso, mencionando del primero, *Motivos de Proteo*. La prácticamente nula circulación entre nosotros del citado libro de Gaos, nos mueve a reproducir el fragmento: "La negación de la índole de filosófico al «pensamiento hispánico» es conclusión de razonamientos que pueden sintetizarse en esta fórmula: —Filosofía es la *Metafísica* de Aristóteles, la *Ética* de Spinoza, la *Crítica de la Razón Pura*, la *Lógica* de Hegel. Es así que los *Motivos de Proteo*, *Del Sentimiento Trágico de la Vida*, las *Meditaciones del Quijote*, *La Existencia como Economía, Desinterés y Caridad*, se parecen muy poco a aquellas obras. Luego éstas no son Filosofía. —Mas ¿por qué no razonar de esta otra manera?: —Los *Motivos*, *El Sentimiento*, las *Meditaciones del Quijote*, *La Existencia*, se parecen muy poco a la *Metafísica*, a la *Ética*, a la *Crítica*, a la *Lógica*. Y son Filosofía. Luego Filosofía no es exclusivamente la *Metafísica*, etc., sino también los *Motivos*, etc." (1).

*Motivos de Proteo*, tan escueta lista bibliográfica, formada a vía de ejemplo, por expresiva que sea, no significa por sí misma la selección de los a juicio de Gaos cuatro principales pensadores y obras en el ámbito a que se refiere. Menos todavía tiene un significado de esa índole, dentro de la propia lista, el hecho de aparecer encabezada por *Motivos de Proteo*: resulta claro en este caso el ordenamiento puramente cronológico de las cuatro obras, publicadas respectivamente en 1909, 1913, 1914 y 1919. En el mismo año 1958, en cambio, desde otro ángulo, en un trabajo que vio la luz en la revista francesa *Les Etudes Philosophiques*, volvió a hacer Gaos una nueva mención filosófica de *Motivos*, esta vez, sí, expresamente prioritaria en su contexto. Retraducimos de la versión francesa de Alain Guy:

"Quien lee la primera parte del *Facundo* del argentino Sarmiento y no puede evitar acordarse de Taine, llega a curiosas conclusiones. O todavía, quien lee lo que dice de la asociación por semejanza la *Filosofía del Entendimiento* del venezolano-chileno Bello, y recuerda ciertos puntos de Bergson o de Husserl, hará reflexiones del mismo orden. Pero la obra de la que tal vez se puede decir más y mejor semejante cosa, es *Motivos de Proteo* (1909) del uruguayo Rodó. El comienzo de esta obra hace pensar en una paráfrasis demasiado «literaria» de los temas fundamentales de *La evolución creadora*. Pero pronto se comprende que Rodó los transfiere exclusivamente a la vida humana. Y es así que un uruguayo sacó de la visión bergsoniana de la vida biológica una visión de la vida humana, mucho antes de que los existencialistas franceses hubiesen pensado en deber sacar una visión de la existencia humana, no de Bergson sino de los filósofos alemanes." (2)

Este pasaje replantea la vieja cuestión de la influencia, o si se quiere incitación, de Bergson en el *Proteo*; y lo hace desde una nueva perspectiva que tiende un puente entre Rodó y el existencialismo. Cuanto hemos venido diciendo hasta aquí, ha querido mostrar ante todo, a modo de introducción, el plano y el escenario en que una autoridad como la de Gaos —para no referir en esta oportunidad a otros valiosos enfoques contemporáneos— ha colocado en nuestros días la significación filosófica de la obra del maestro uruguayo. Pero el pasaje transcrito nos sirve además para poseernos ya en el camino de nuestro tema.

La primera, y bien temprana, indicación de un vínculo entre *Motivos de Proteo* y *La evolución creadora*, fue hecha por Pedro Henrí-

quez Ureña en 1910, en una clásica conferencia del Ateneo de la Juventud, de México: "La grande originalidad de Rodó está en haber enlazado el principio cosmológico de la *evolución creadora* con el ideal de una norma de acción para la vida." (3) *La evolución creadora* se publicó en 1907 y *Motivos de Proteo* en 1909, es cierto; pero es cierto también que por lo menos desde 1904 daba Rodó en su correspondencia amplias noticias sobre el contenido y la elaboración de su libro, hasta el punto de declarar ya entonces estar en sus "toques finales". Por más que lo retocara, como lo retocó, hasta el momento de su aparición, no dándolo por concluido ni aun en el momento de publicarlo, para nada pudo influir *La evolución creadora* en lo que en aquel año 1904 y en 1905, llamaba con insistencia el "pensamiento fundamental" o "la tesis" de la obra. (4)

No fue pues, no pudo ser, "de la visión bergsoniana de la vida biológica" expuesta en *La evolución creadora*, que, al decir de Gaos, arrancó la rodoniana "visión de la vida humana". Y sin embargo, entre otras influencias, sugerencias e incitaciones ambientales en la época, la de Bergson fue capital. No ha sido arbitraria la vinculación que en diversas oportunidades, desde Henríquez Ureña hasta Gaos, se ha señalado entre el pensamiento del filósofo francés y las doctrinas de *Motivos de Proteo*. Sólo que esa vinculación —desde luego muy libre, por completo ajena a todo enfundamiento de escuela—, no provino de las concepciones bio-metafísicas de Bergson tales como cuajaron en *La evolución creadora*, sino de sus concepciones psico-metafísicas, tales como insurgieron en el *Ensayo sobre los datos inmediatos de la conciencia*, de 1889.

Sin duda, las pocas páginas del primer apartado —dedicado a "La Duración"— del capítulo primero de *La evolución creadora*, podrán recomendarse siempre, a la vez que como majestuoso pórtico de la que se iba a llamar filosofía de la *existencia*, como una incomparable introducción a *Motivos de Proteo*. Finalzaban con estas palabras, justamente citadas por Henríquez Ureña en su mencionada conferencia sobre Rodó: "Para un ser consciente, existir consiste en cambiar, cambiar en madurar, madurar en crearse indefinidamente a sí mismo". Pero no debe olvidarse que en su comienzo figuraban estas otras: "¿Cuál es para nosotros el sentido exacto del término existir? Recordaremos de modo breve las conclusiones de un trabajo anterior". El trabajo anterior cuyas conclusiones recordaba Bergson, era el *Ensayo*.

*La evolución creadora y Motivos de Proteo* se fueron concibiendo, gestando y redactando paralelamente, en el tránsito del primero al segundo lustro del siglo. Bergson pudo editar su libro en el mismo año 1907 en cuyos meses de agosto Rodó —después de haber hablado ya en 1904, como se vio, de "toques finales"— aludía en carta a Unamuno a "un fragmento de la última parte de *Proteo*, mi obra inédita e inconclusa, que aun no sé cuando podré revisar y terminarla" (5). Pudo publicarla al fin en 1909, y no "fuera del país", como también en 1904 decía tenerlo "decidido". Con ese paralelismo cronológico de concepción y realización, coincide la comunidad de inspiraciones. Alguna vez se dijo que Bergson fue "un discípulo de sí mismo", en cuanto el conjunto de su obra fue derivando espontáneamente de las intuiciones básicas del *Ensayo* del 89. En una personalísima dirección y con su propia originalidad filosófica, el *Proteo* derivó también, en sus fundamentos psico-metafísicos, de aquella misma fuente, que vino a fecundar, de modo consciente o no, directa o indirectamente, a muchos espíritus, tanto como al del propio Bergson. La clave decisiva está —y es a lo que queríamos llegar— en la profunda remoción doctrinaria de la idea de tiempo con que aquel juvenil ensayo del francés conmovió a la conciencia filosófica del 900.

Con su gran centro, o epicentro, en *Ser y tiempo* de Heidegger, 1927, la idea de tiempo —antes y después, dentro y fuera del existencialismo— alcanza en la filosofía del siglo XX la excepcional proyección que le ha dado a su rostro el tan, y por tantos, señalado rugo de *temporalismo*. El hecho se inscribe en el ascendente prestigio, a lejano punto de partida en el siglo XVIII, en pleno iluminismo, de toda una sinuosa línea de ideas, sutilmente enlazadas por dinámicas connotaciones de movilidad, cambio y desarrollo. Mencionemos algunas, en parejas convencionales: progreso e historia; devenir y dialéctica; revolución y evolución; proceso y emergencia; vida y acción; existencia y praxis. Por su propia índole, ideas como éstas se han ido llamando y enriqueciendo las unas a las otras, alternada o sucesivamente, sin ser propias de ninguna escuela en particular, siéndolo en cambio, a menudo, de escuelas o tendencias muy opuestas entre sí en otros sentidos. Por su propia índole también, el conjunto de ellas, a su vez, vino a concentrar energicamente la reflexión filosófica en la idea de tiempo; y desde muy diversos ángulos e intereses, un generalizado consenso coincidió en revisar su clásica representación formal y

abstracta, ligada a la cuantificación matemática, para reanimarlo y refundirlo en la concreta peripecia del ser real. En 1940 pudo así iniciar Francisco Romero un ensayo titulado precisamente "Temporalismo", con estas palabras: "Al tiempo le ha tocado un extraño destino filosófico. Tras una postergación multiseccular, hoy se adelanta hasta reclamar para sí uno de los principales papeles en el drama metafísico". (6)

Es habitualmente reconocido el puesto histórico de Bergson en ese decisivo sesgo temporalista. "El ingreso triunfal y definitivo del tiempo en las intimidades del ser —se lee, sin ir más lejos, en el recién citado ensayo— ocurre sin duda en la metafísica bergsoniana." Sin embargo, no se ha subrayado bastante, tal vez, el papel radicalmente originario que para la totalidad de las doctrinas de Bergson desempeñó por sí misma su revisión de la idea de tiempo. No es que en el seno de su metafísica, por su natural desenvolvimiento, entre otras ideas aparezca la de tiempo bajo una nueva faz; es que la nueva faz bajo la cual, en cierto momento de su conciencia filosófica en formación, se le presentó la idea de tiempo, vino a ser la semilla de que germinó, en instancias sucesivas, el corpus entero de su metafísica. Al final de su vida, recordando en las primeras páginas de la Introducción a *El pensamiento y lo moviente* su juvenil adhesión a la filosofía de Spencer y su inicial propósito de "complementarla y consolidarla" por la profundización de las últimas ideas de la mecánica, declaraba: "De este modo, llegamos a ponernos frente a frente con la idea de Tiempo. Y allí nos aguardaba una sorpresa." De aquella sorpresa iba a surgir su nueva concepción del tiempo real bajo la forma de duración. Añadía Bergson que se había preguntado entonces: "¿Cómo la filosofía de Spencer, doctrina de evolución, hecha para seguir lo real en su movilidad, su progreso, su madurez interna, pudo cerrar los ojos a la mutación misma? Esta pregunta nos llevó más tarde a rehacer el problema de la evolución de la vida (...) pero por el momento la única visión que nos absorbía era la de duración."

El problema de la evolución de la vida orgánica, en efecto, lo abordó recién en *La evolución creadora*. Entre tanto, su nueva filosofía del tiempo —aplicada especialmente en el *Ensayo* al problema de la libertad, y luego en *Materia y memoria* de 1896 al de las relaciones entre el cuerpo y el espíritu, sin entrada en escena todavía del que sería más tarde evolucionismo biológico bergsoniano— impulsaba lentamente las primeras ondas del espíritu

"temporalista" llamado a culminar, Heidegger por medio, hacia el primer tercio de este siglo. Fueron esas primeras y espaciadas ondas temporalistas las que muy rápidamente captó nuestro Rodó, de una manera que hoy resulta memorable, por todo lo que en la personal dirección que les imprimió, hubo de originalidad y a la vez de anticipación.

En los tres primeros años del siglo se produjo en el espíritu de Rodó el gran tránsito del arielismo al *protéismo*. Ese tránsito no implicó ruptura. En cuanto el *protéismo* fue una doctrina de la personalidad, los iniciales elementos de ésta contenidos —entre otras cosas— en el mensaje anterior, pasaron a él. La continuidad puede todavía por menorizarse, y lo ha sido, en otros sentidos de fondo y de forma. Pero si no ruptura, hay, sí, una enorme distancia filosófica, bien que siempre en el seno de la filosofía de la vida, entre el *Ariel* de 1900 y el *Proteo* de 1904. Y decimos 1904 porque fue en el correr de este año que quedó definida, no sólo su concepción, sino su propia elaboración, aunque esta misma haya comenzado bien antes y se haya continuado mucho después, con los consabidos interminables toques y retoques hasta que vio la luz en 1909.

Por curiosa coincidencia, no desprovista de sentido, esa esencial elaboración del *Proteo* fue prácticamente paralela a la guerra civil de 1904, cuyo estallido tuvo lugar el 1º de enero y cuya paz se firmó el 24 de setiembre. (7) El 19 de enero escribía a su amigo Piquet: "Yo procuro seguir trabajando en mi *Proteo*..." El 31 de enero: "Leo poco. El tiempo de que puedo disponer lo consagro a seguir esculpien-

do mi *Proteo*. Tengo fe en que ésta será mi obra de más aliento hasta hoy." Seguía en la misma carta la mención de varias de las parábolas que el libro contenía, entre ellas alguna que figura en sus últimas páginas, lo que revela en qué medida lo tenía ya adelantado. El 6 de marzo: "...y todo unificado además por un pensamiento fundamental que dará unidad orgánica a la obra..." El 3 de abril: "Pero en fin, entre desalientos y desmayos la obra se va haciendo y *Proteo* reviste sus múltiples formas (...) todo ello relacionado dentro de un plan vasto y completo, sobre el que se cierne, como un águila sobre una montaña, un pensamiento fundamental." El 20 de abril: "*Proteo*, entre tanto, avanza (...) es la obra que he escrito en plena posesión de mi reputación literaria (...) Pero una vez escrito y publicado *Proteo*, que como ya sabe usted, será un libro de no menos de 500 páginas..." En setiembre, sin indicación de día: "El tiempo que rescato para mi mismo lo consagro a *Proteo*; a los toques finales del libro en que he puesto lo mejor de mi alma." Cartas posteriores al mismo Piquet y a otros, con nuevas referencias a la continuada gestación de la obra, en nada alteran el hecho de que sustancial y formalmente había cuajado ya.

Estas cartas a Piquet, de 1904, revelan bien, por otra parte, que al comenzar el año la conciencia filosófica de que el libro fue fruto estaba, ella misma, plenamente formada. O sea, que resultó ella de una breve pero intensa trayectoria espiritual recorrida por Rodó de 1900 a 1903. Clave de esa conciencia resulta, por fuerza, el *pensamiento fundamental* a que,

**HAY MUCHAS MANERAS  
DE HACER AMIGOS...**

**NOSOTROS HACEMOS  
BUENOS AMIGOS CON  
BUENOS SERVICIOS DESDE  
HACE 110 AÑOS...**

**BANCO COMERCIAL**

**LA MAS COMPLETA ORGANIZACION BANCARIA PRIVADA DEL PAIS**



según se ha visto, más de una vez alude, como unificador o director del conjunto de la obra. ¿Cuál era él? Procuremos condensarlo.

Una filosofía de la personalidad en lo que tiene de temporalmente dinámica y cambiante, por viviente, de modo expreso llamada una *filosofía de la acción y la vida*: hay, por la sola obra del tiempo, una creación o recreación incesante de la personalidad individual; inevitable en sí misma, imperativo es que semejante interior *transformación personal* se opere encauzada por la inteligencia y la voluntad; en lugar de ser cada uno mecánicamente renovado, transformado, rehecho por la sola y ciega fuerza de las circunstancias, "renovarse, transformarse, rehacerse" voluntaria y lúcida-mente. "Rítmica y lenta evolución de ordinario; reacción esforzada si es preciso; cambio consciente y orientado siempre". Expuesta en las primeras páginas del libro, he ahí la primera parte del "pensamiento fundamental", o de la que en una de las cartas a Piquet llamaba también Rodó, "mi tesis". Todo el resto de la obra tiene por objeto preparar para ese ejercicio, educar para esa tarea. Lo hace apoyándose principalmente, a modo de segunda parte de la tesis, en lo que podríamos llamar dos doctrinas que resultan ser esenciales piezas del proteísmo: una doctrina de la *vocación*, coronación del conocimiento de sí mismo como autodescubrimiento de tendencias y aptitudes inconscientes en lo hondo de nuestro ser, destinadas a guiar la transformación personal; y una doctrina de la *emancipación*, como forma privilegiada de dicha transformación, en cuanto es por ella que la personalidad "enajenada" (muchos gustarían hoy que hubiera dicho "alienada") por "dogma, escuela o partido" que sólo se profesan por imitación, costumbre, interés o irreflexivo sentimiento, alcanza su libertad. En el aspecto normativo, esta doctrina de la emancipación, que promueve el voluntario salto decisivo de la "personalidad ficticia" (muchos gustarían hoy que hubiera dicho "inauténtica") a la "personalidad verdadera" de cada uno —en otros términos, de la necesidad a la libertad— constituye, sin duda, el desenlace del proteísmo, la parte medular de su lección.

Que esa doctrina ética de la emancipación, por el descubrimiento y *realización* de la personalidad verdadera o auténtica —para lo que apelaba a la voluntad tanto como a la razón— constituía la culminación del proteísmo, surge claramente todavía de otra referencia epistolar del propio Rodó. En sus cartas a Piquet no define o esclarece el unificador "pensamiento fundamental" a que alude, como tampoco lo

hace cuando al publicar la obra, en palabras liminares vuelve a atribuirle como centro "un pensamiento capital". Pero en carta a Unamuno del 20 de marzo de aquel decisivo año 1904, revela lo que para él era el núcleo, por lo menos, de aquel pensamiento, el término hacia el cual todos los caminos del libro conducían: "El tema (aunque no cabe indicarlo con precisión en breves palabras) se relaciona con lo que podríamos llamar *la conquista de uno mismo*: la formación y el perfeccionamiento de la propia personalidad". (8) *La conquista de uno mismo* por parte del ser enajenado.

Como puede verse, "la tesis de la obra abarcaba fundamentales cuestiones psicológicas y éticas", para decirlo con palabras del propio Rodó en la citada correspondencia. Pero tenía una base metafísica. Papel decisivo desempeñaba en ella la concepción, no ya meramente dinámica, sino temporalista, de la vida humana a la vez que de la totalidad de lo real; en otros términos, una determinada idea, que empezaba por ser vivencia, del tiempo consustanciado con el ser. "La grande originalidad de Rodó está en haber enlazado el principio cosmológico de la *evolución creadora* con el ideal de una norma de acción para la vida". Vimos que había escrito en 1910 Henríquez Ureña. La originalidad de Rodó viene a ser mucho más grande. Ya en 1904, por lo menos, o sea tres años antes de que Bergson lanzara *La evolución creadora* con su doctrina cosmológica de la vida orgánica, había llegado a dar un personal giro, como filosofía de la vida humana, de la existencia humana, al temporalismo naciente. Al temporalismo, desde luego naciente, porque sin aquel fondo metafísico del ser, toda la doctrina proteica, de la personalidad queda privada de su fundamento capital. Recordemos el riguroso comienzo del libro:

*"Reformarse es vivir... Y desde luego, nuestra transformación personal en cierto grado ¿no es ley constante e infalible en el tiempo? ¿Qué importa que el deseo y la voluntad queden en un punto si el tiempo pasa y nos lleva? El tiempo es el sumo innovador. Su potestad, bajo la cual cabe todo lo creado, se ejerce de manera tan segura y continua sobre las almas como sobre las cosas. Cada pensamiento de tu mente, cada movimiento de tu sensibilidad, cada determinación de tu albedrío, y aún más: cada instante de la aparente tregua de indiferencia o de sueño, con que se interrumpe el proceso de tu actividad consciente, pero no el de aquella otra que se desenvuelve en ti sin participación de tu voluntad y*

sin conocimiento de ti mismo, son un impulso más en el sentido de una modificación, cuyos pasos acumulados producen esas transformaciones visibles de edad a edad, de decenio a decenio: mudas de alma, que sorprenden acaso a quien no ha tenido ante los ojos el gradual desenvolvimiento de una vida, como sorprende al viajero que torna, tras larga ausencia, a la patria, ver las cabezas blancas de aquellos a quienes dejó en la mocedad".

Explícita unas veces, implícita otras es la idea del tiempo sumo innovador, seguirá presente del principio al fin. Si las recién leídas son las palabras que abren el libro, éstas son las que lo cierran: "... porque quien no cambia de alma con los pasos del tiempo, es árbol agostado, campo baldío. Criaré alma nueva en recogimiento y silencio, como está el pájaro en la muda; y si llegada a sazón, la juzgo buena para repartirla a los otros, sabrás entonces cuál es mi nuevo sentir, cuál es mi nueva verdad, cuál es mi nueva palabra". Y todavía, cuando en las últimas páginas, fragmentos CLIV a CLVI, extiende a la personalidad de los pueblos su filosofía de la transformación personal individual, siempre la misma idea del tiempo como sujeto activo de la realidad humana —tanto como de la cósmica— aparecerá como esencial:

"Gran cosa es que esta transformación subordinada a la unidad y persistencia de una norma interior, se verifique con el compás y ritmo del tiempo; pero, lo mismo que pasa en cada uno de nosotros, nunca ese orden es tal que vuelva inútiles los tránsitos violentos y los bruscos escapes del tedio y la pasión. Cuando el tiempo es remiso en el cumplimiento de su obra; cuando la inercia de lo pasado detuvo el alma largamente en la incertidumbre o el sueño, fuerza es que un arranque impetuoso rescate el término perdido, y que se alce y centellee en los aires el hacha capaz de abatir en un momento lo que erigieron luego años. Esta es la heroica eficacia de la revolución, bélica enviada de Proteo a la casa de los indolentes y al encierro de los oprimidos".

Si Rodó hubiera sido capaz de ceder al espíritu académico, es decir, si no hubiera sido Rodó, pudo titular su libro, por ejemplo, *Personalidad y tiempo*, lo que a mediados del siglo hubiera constituido una tentación difícil de resistir. Pudo titularlo también, ¿por qué no?, *Ser y tiempo*, dicho sea sin ningún ánimo de comparaciones que estarían fuera de lugar. A ese título era posible llegar desde aquella filosofía de la existencia humana, que por más que apuntara insistentemente a la ac-

ción a través de pautas normativas, descansaba sobre una ontología temporalista. En tal sentido, sin perjuicio de las salvedades arriba establecidas respecto al verdadero alcance de la incitación bergsonianiana, le ha sobrado razón a Gaos al destacar la anticipación de Rodó sobre los existencialistas franceses, llegando a una original visión de la existencia humana a partir del maestro del Colegio de Francia.

"Es cierto —añadía Gaos en el mismo pasaje arriba citado— que la visión de Rodó es desarrollada con mucho menos técnica filosófica, y en cambio con quizás un abuso de literatura; sobre todo con un espíritu optimista muy propio de los años anteriores a la primera guerra mundial y muy lejos todavía de los estados de alma fundamentales y particulares del existencialismo." (9) No es difícil estar esencialmente de acuerdo. Pero algunas precisiones se imponen:

En cuanto a lo primero, cabría observar que Rodó no se propuso hacer obra de filosofía pura, sino de arte a la vez que de pensamiento. Sin entrar ahora en su concepción de la literatura de ideas, baste recordar que la citada mención epistolar a Unamuno del tema de la obra, era seguida de estas palabras: "pero desenvuelto en forma muy variada, que consiente digresiones frecuentes y abre amplio espacio para el elemento artístico." (10) Abrir amplio espacio para el elemento artístico es lo que han hecho los mismos existencialistas franceses; su jefe reconocido, Sartre, ha recurrido con abundancia a la novela, al teatro, al cine, para ilustrar el mensaje de sus tratados técnicos. Rodó prefirió reunir filosofía y arte, incluso el narrativo de las parábolas, en la misma obra. (11) En cuanto a lo segundo, cabría también observar que ya en la etapa de su existencialismo puro, antes de su compromiso doctrinario con el marxismo, proclamaba Sartre la condición optimista de aquél: "no puede ser considerada (la existencialista) como una doctrina del quietismo puesto que define al hombre por la acción; ni como una descripción pesimista del hombre: no hay doctrina más optimista, puesto que el destino del hombre está en él mismo". (12) Palabras cabalmente aplicables al proteísmo de Rodó, sin perjuicio de otras afinidades, como la saliente del temporalismo, a la vez que de tantas notables diferencias entre una y otra filosofía de la existencia.

Pero la anticipación de Rodó tiene todavía otra significación, acaso en sí misma más importante: la de que a propósito de la idea de tiempo, como tiempo vital, en relación con el espíritu temporalista que iba a

imantar cada vez más al pensamiento del siglo, hizo *Motivos de Proteo* el primer gran aporte de toda la filosofía de lengua española, de España y América.

La filosofía de la existencia que surge en el segundo cuarto del siglo, desciende en línea directa, fenomenología por medio, de la filosofía de la vida que dominó en el primero. La creciente carga del acento en la vida humana, recortada de la totalidad cosmológica de la vida, conduce por múltiples caminos a ese resultado. De ahí que uno de los fundadores de la filosofía de la vida, Nietzsche, aparezca tan reclamado por los existencialistas; de ahí igualmente que un pensador como Unamuno sea por un lado representante de la filosofía de la vida y por otro un adelantado del existencialismo. Una situación histórica de esa índole, bifronte o a dos vertientes, es la que ocupa también Rodó, como ha venido a sugerirlo Gaos. Pero es de destacarse que en ninguna de las otras grandes figuras de nuestra lengua que se movieron en la corriente de la filosofía de la vida, se dio una tan temprana, poderosa y original vivencia del tiempo como ingrediente metafísico de la vida humana.

En cualquier caso, existencialismo aparte, una verdadera historia del temporalismo contemporáneo tendrá que reservar un sitio propio, en el umbral del siglo, a *Motivos de Proteo*. Ahora, que hasta las más novedosas corrientes del marxismo se orientan a incorporar a sus temas la problemática existencial del individuo como individuo, intacto se conserva el interés de su singular pasaje de la *temporalidad psíquica del yo*, a la *temporalidad ética de la personalidad* (que no de la persona).

Puede no ser necesario agregar que cuanto queda dicho, muy lejos está de pretender, ni menos descartar, encasillar a Rodó en la escuela o las escuelas del existencialismo. Puede serlo en cambio dejar aclarado que la mostración del temporalismo de Rodó y el mérito histórico del mismo, muy lejos está también del propósito de cohonestar sin reservas el espíritu temporalista, tal como ha venido manifestándose en algunas tendencias. No es éste el sitio de detenerse en ciertas difundidas exageraciones que llegan a concebir una temporalidad humana independiente del espacio, y que podrían reunirse bajo el rótulo de "la falacia temporalista", en la que, ciertamente, Rodó no incurrió.

- (1) Obra citada, Fondo de Cultura Económica, México, págs. 113-114.
- (2) Revista citada, 1958, N° 3, Pág. 295, trabajo de José Gaos, "L'actualité philosophique au Mexique".
- (3) Conferencias del Ateneo de la Juventud, edición de la Universidad Nacional Autónoma de México, 1962, pág. 62.
- (4) Véase especialmente el conjunto de cartas a su amigo Juan Francisco Piquet, las más comunicativas sobre esta materia, publicado desde 1920 en *El que vendrá* con el título de "La gesta de Proteo". Más nutrido en *Obras Completas de Rodó*, Aguilar, 1957, ps 1273 y ss.
- (5) Revista Número. Nros. 6-7-8, pág. 244.
- (6) Ensayo recogido al año siguiente en el volumen del mismo Romero, *Filosofía contemporánea*. Losada S. A.

- (7) No por eso Rodó permaneció durante la guerra en torre de marfil; debió participar de la actualidad política como miembro que era entonces de la Cámara de Representantes.
- (8) *Obras Completas de Rodó*, Aguilar, 1957 p. 1318.
- (9) Lugar citado en la nota 2.
- (10) Lugar citado en la nota 8.
- (11) "Y para devolver a la filosofía esta propiedad que en otros tiempos poseyó, cuando no se había separado aún de la poesía y del mito, es preciso que en ella hable el hombre entero y no sólo la inteligencia. Por ese motivo he dado a la obra presente el título de filosofía en metáforas y parábolas". J. D. García Bacca, *Filosofía en metáforas y parábolas*, México, 1945, pág. 12.
- (12) *L'existentialisme est un humanisme*, Paris, 1944, pág. 62.